

De agua y sangre

I. Tarde

El agua bajaba furiosa como la guerra y roja como la sangre. Las mujeres del pueblo empuñaban las barras de jabón a modo de cuchillos. Apuñalaban una y otra vez la ropa de sus maridos e hijos contra las tablas. Luchaban contra las manchas ya secas y el frío helador de la corriente. Las prendas iban variando, pero el silencio era una constante. Hacía semanas que el pulso de la esperanza se había debilitado hasta casi dejar de latir. Sabían que había pasado algo. Una de esas cosas que dejan huellas de acero y pólvora. Por eso, cuando las campanas anunciaron la presencia del predicador, todas se levantaron, casi por acto reflejo, para reunirse con él en la plaza.

Marcelina estaba particularmente agitada. Su vida se había resquebrajado el día en el que vinieron a por su Lorenzo, que había acabado en el bando de “los unos” a pesar de sólo compartir con ellos el color de los únicos zapatos que tenía. “Ya sabe que los pobres nunca elegimos, madre”, le dijo antes de besarle la frente y marcharse. Pocos días después, “los otros” vinieron a por su Vicente. “Madre, no se preocupe, ya verá que en dos días volvemos a estar los tres juntos”. De todo esto habían pasado ya algo más de cinco meses.

II. Noche

La distancia entre el principio del camino y el arroyo es el tarareo de tres melodías. Desde allí hasta lo alto de la montaña, Marcelina tendría que entonar algunas más. Pensaba en sus hijos. Sus hijos asesinados. “Lo siento mucho, tía Lina, no sé... No sé cómo pasó, de verdad”. Luis era de la edad de Lorenzo y habían crecido juntos, habían caminado a la escuela todas las mañanas y habían merendado en su casa todas las tardes. “Había mucha niebla. No se veía nada y sólo escuchábamos los tiros. Nadie sabía qué pasaba”. Era incapaz de mirarla a los ojos mientras hablaba. “Nos dimos cuenta cuando todo se terminó y ya estábamos recuperando los cuerpos de los compañeros. Vicentito... Lorenzo lo vio ahí con los demás y se echó a llorar y...”. Marcelina recordaba el silencio que el muchacho había necesitado para seguir. Aunque quiso meterle prisa para que continuara hablando, entendió que necesitaba pensar qué es lo que se dice cuando no se tienen palabras. “El pobre estaba muy disgustado, como para no”. Continuó. “Por la mañana ya no estaba”. Otro silencio, esta vez más largo. “Creemos que se ha matado”.

Una madre sin hijos. El viento era tan afilado que podía sentir cómo le cortaba las mejillas. Ya ni siquiera sabía si estaba siguiendo el sendero que llevaba a lo alto de la sierra. Tampoco se molestó en mirar atrás, a las casas de piedra que ya no echaban humo por las chimeneas y a la vida que dejaba. Sólo siguió subiendo, sin temer a monstruos ni a bestias y, cuando ya no pudo más, se tumbó sobre el musgo y lloró hasta quedarse dormida.

III. Amanecer

Lorenzo y Vicente no volvieron a casa en muchos años. La pronta victoria de “los otros” facilitó que Vicente pudiera recibir atención médica a tiempo, aunque tardó bastante en recuperarse del todo. Mientras, Lorenzo había vivido en la clandestinidad gracias a Lucía, la enfermera, con quien se terminó casando. La salida de su hermano del hospital coincidió con un perdón general a todos los que habían luchado con “los unos”, por lo que pudieron comprarse un piso modesto en la capital con los ahorros de los tres.

Desde que se enteraron de la muerte de su madre ninguno sintió prisa en volver al pueblo. Fue la insistencia de Lucía lo que les hizo dar el brazo a torcer y pasar más de seis horas en un autobús como sardinas en lata hasta llegar. Cuando bajaron, lo primero que notaron fue que la sierra de la que habían memorizado cada árbol y cada piedra antes de levantar más de un palmo del suelo era otra diferente. Lo que en su día fueron varias cumbres picudas se habían transformado en tres montes bien definidos: el más oriental tenía forma de unas piernas con sus pies; el central, de unos brazos con sus manos; el más occidental, de una cabeza con sus cabellos y de la que brotaban manantiales de lo que deberían haber sido los ojos. El autobús arrancó y los hermanos, conmocionados, lloraron como niños. Ninguno pudo evitar que se le escapara un “mamá”.